

NOTAS

APUNTE SOBRE EL LIBRO DEL BUEN AMOR DEL ARCIPRESTE DE HITA

En reciente e interesante artículo, publicado en "LA PRENSA" de Buenos Aires, don Manuel de Montoliu, trae de nuevo a la palestra el nombre del Arcipreste de Hita, sobre el cual no cesa de producirse la crítica. Vayan con este motivo unos renglones, que expresen mi pensamiento, sobre las 1728 estrofas que compuso, el por ellas celebrísimo Juan Ruiz, y que críticos modernos, en atención al fin, que el autor hace notar en varias de sus estrofas, han bautizado con el nombre de LIBRO DEL BUEN AMOR.

Es verdaderamente admirable que esta obra haya sido escrita en el siglo XIV.

Que proporciones no alcanzará el edificio de las letras castellanas, si su base está constituida por sillares tan magníficos y estupendos como este famoso LIBRO DEL BUEN AMOR. ¡A él deben acudir todos los que tienen sus delicias en denigrar a la literatura castellana, para poder apreciar desde esa base esa esuala estupenda, que tanto ensalza Cejador, y que asentándose sobre la obra del Arcipreste de Hita, se eleva con la Celestina, para culminar con ese asombroso Quijote que es la perenne epopeya de la humanidad. El rústico y tosco realismo que caracteriza EL LIBRO DEL BUEN AMOR, va templándose en La Celestina, en ella el ambiente se refina, el lenguaje se engalana volviéndose trágico, para dar paso al Quijote, donde con el pleno desarrollo del lenguaje y de los sentimientos, ya completamente depurados, se presenta ese estrechísimo abrazo en que se unen perpétuamente, el más rastrero realismo con el más encumbrado idealismo. Y esta conjunción feliz, esta sin igual armonía del cuerpo con el alma, es la que caracteriza siempre al español, en su personalidad y en sus obras tal como caracterizó en otros tiempos al hebreo. El español no es un visionario que vive en otros mundos, no es tampoco aunque pase a muchos, una especie de epicureísta y fanático, no, el español es un hombre que vive en la tierra, es un Arcipreste que peca y se arrepiente confiado en el Nazareno y en Santa María, es el término intermedio entre el Quijote y el Sancho Panza, es el Cid.

La forma y el fondo de este libro singular, son merecedoras de particular estudio. Por lo que toca a la forma, basten dos pruebas: moldear la pesadísima monorríma de cuatro versos alejandrinos, al punto de que le rindiera estrofas irreprochables, unas veces con cierta gracia sencilla, y con cierta hiriente y movida censura otras; y no limitarse a ella, sino usar de otras formas, para la expresión pre-

cisa de sus sentimientos y pensamientos, como sucede con las Cántigas a la Virgen. En cuanto al fondo, hay que considerar dos puntos: la concepción y la intención que tuvo el Arcipreste al componer su obra, o, lo que es lo mismo, la idea inspiradora y la moralidad que entraña esta.

El ilustre polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo, considera al Arcipreste como al primer poeta de la Edad Media española, pero guiándose por la malicia y doble sentido que encierra la obra, ha tachado a Juan Ruiz como "un clérigo libertino y tabernario". Respecto a la moralidad, Amador de los Ríos, se sitúa en el extremo opuesto y vé en la figura del Arcipreste al moralizador que se hace víctima expiatoria de los pecados de su época. No falta un Puymaigre que lo hace herético, lo que revela una mala comprensión del castellano por este crítico francés que seguramente solo sabía chapurrearlo.

En su mayor parte no hay duda que el juicio de don Marcelino Menéndez y Pelayo, es justo. Ese sensualismo, esa licenciosidad, esa vida de "persigue dueñas falagueras", chatas serranas y monjas "doneguiles" no puede cuadrar a un Arcipreste. El libro tiene un fin moralizador. Ello no se discute, se comprueba a cada paso, y el autor se preocupa en demostrarlo, pero ¿acaso para cumplir ese propósito, había necesidad de descarnar tanto la llaga, provocando complicaciones al excitar los sentidos?..... Admitase que no sean verídicas las aventuras, acéptese la influencia de la época, créase en las costumbres de entonces, pero no se pretenda, que quien es maestro en picardías y doctor en malicia, sea un santo Arcipreste de ejemplares costumbres.

No fué tampoco seguramente la vida del Arcipreste como la de su héroe. En este influyó sobre manera la imaginación tan viva y el ingenio tan rico del autor. La vida de este parece haber sido la de un clérigo cualquiera de la época. Veamos cómo una simple reflexión sobre la obra comprueba este aserto.

Acordes están los críticos que el Arcipreste no escribió este libro con apremio. Al finalizar el libro dice que lo **compuso** en la prisión, pero no dice que lo **escribió**. Mal podía escribir de un tirón un librete que es una ensalada de episodios, y que ni siquiera **cerró** en la cárcel pues aun le faltaban libros que bien podían estar en la casa o en el tintero. En esta obra los episodios son completamente independientes, a ellos no les da unidad sino el fin principal: contraponer el buen amor que es el de Dios, al mal amor que es el del mundo. ¿No serían pues, estos episodios los frutos de los recuerdos de una tormentosa mocedad, las inspiraciones de las aventuras de su vida juvenil, los resultados de tentaciones mal reprimidas por una naturaleza débil ante el amor? ¿No sería Urraca, esa feliz pintura de la troteconventos, la protectora de su juventud; las "serranillas" los episodios de un viaje clerical tentador; Doña Garoza una pesadilla que lo atormentó por mucho tiempo y que se esfumó al vencerla?... Si; con mucha posibilidad se puede suponer que todos estos episodios, escritos en diversos tiempos y situaciones, constituyeran todo su haber literario y que, después, en la prisión, cuando en ella se dieron cita, la vejez, el arrepentimiento y el repaso de una vida infecunda, surgiera la idea de combinarlos, coordinarlos, retocarlos quizá, y darles unidad, mediante un fin,—que bien pudo ser anterior o posterior—pero que era siempre moralizador y cristiano.

Y por eso encerraría en su libreta que constituía la obra de su vida, sus coplas, sus apólogos, sus serranillas, sus episodios amorosos, sus cantares de ciegos y escolares, y todo lo que tenía escrito. Y por ello quedan allí en toda su crudeza sus aventuras amorosas pasadas, encaminadas ya por una senda, que aunque tiene laderas pedregosas, conduce a un final recto y útil. Y de ahí nace la preocupación del Arcipreste para explicar la bondad de su sistema, que así como:

“Sobre la espina está la noble flor
Ansi so el mal tabardo está Buen Amor”.....

Y así se explica la piedad y el corte más perfeccionado de sus Cántigas a la Virgen, escritas seguramente en su vejez. Y así se explica, por último, el mandato para componer la obra, que le diera el severo Arzobispo de Toledo, don Gil de Albornoz, mandato que consta en el término de la obra.

Es leyendo esas estrofas con criterio modernista que se puede llegar a esta conclusión. No fué el famoso don Juan Ruiz un libertino rufián, que no lo puede ser quien alimenta tal fe, tal confianza en Dios, y tan sanos y rectos principios como en muchos pasajes de la obra se puede comprobar. Tampoco fué un santo dechado de virtudes. Participó en los defectos de su tiempo como cualquiera. Quien sabe si fué un mozo libertino y tabernario. Tomados los hábitos, sabe Dios si en camino de arrepentimiento, la licenciosidad de costumbres de la época, que corrompió a la mayor parte del clero, no iba a excluirlo a él. Cayendo y levantándose pasaría sus días de clérigo. Sabe Dios por qué falta lo tendría en prisión el Arzobispo de Toledo. Cejador cree que por venganza de los frayles de Talavera, que lo indispusieron con el Arzobispo, por haber sido Ruiz el ejecutor de las reformas a que aquél los obligó. Lo cierto es, que esa retención motivó un arrepentimiento, y precipitó la composición de la obra, que, en todo caso, era una candente y soberana sátira contra la licenciosidad de gran parte del clero de entonces.

Pero queda en pie este párrafo del Prólogo, en que aparece el Arcipreste como el más consumado cínico: “Empero por que es umanal cosa el pecar, si alguno (lo que non los conssejo) quisieren usar del loco amor, aqui fallaran algunas maneras para ello”. Este párrafo, que es la piedra de escándalo para la mayoría de los críticos y comentadores, verdaderamente que desconcierta. No se puede suponer que el Arcipreste escribiera el Prólogo antes de su arrepentimiento. El simple buen sentido lo niega. ¿Sería entonces el Arcipreste un cínico?..... ¿No usaría su arrepentimiento como un artificio para impetrar la clemencia del Arzobispo que lo tenía en prisión?.....

No puede suponerse que el ilustrado Arzobispo don Gil de Albornoz, gran privado del Papa y del sabio Emperador Alfonso XI, a quien califica el ilustre Cejador de “severo y enterizo” y de quien dice Mariana en su Historia de España (L. XVI. Cap. V) que “en todas edades y estados fué igual, entero en la justicia, etc.” permitiera la difusión de una obra en cuyo Prólogo se hacía tal alarde de cinismo. ¿Cómo explicarse entonces que el Arcipreste arrepentido y viejo descar-

nara tanto el mal e invitara al desenfreno y a la molicie para que se hartasen de él?.....

La explicación es clara. Este párrafo hay que interpretarlo con el mismo criterio. Es precisamente en esta frase en la cual el Arcipreste se nos retrata de cuerpo entero con singular maestría. Esta allí con todas sus imperfecciones y con todos sus defectos, pero está allí también, con toda el alma española, sincera, franca y pujante, con esa alma española que no conoce términos medios, dobleces ni hipocresías y para la cual no hay sino dos caminos: la gloria o el infortunio, y dos polos: el bien o el mal. Esta allí predicando las debilidades de la carne pecadora por que comprende que "es umanal cosa pecar", pero está allí también con todo el fervor religioso de su raza, golpeándose el pecho y entonando coplas a María, por que la experiencia le ha enseñado que del placer no queda sino podredumbre y hastío, y que entonces, si el hombre no se vuelve a Dios está perdido. I es por eso que dice: "E DIOS sabe que la mi intención non fue de lo facer por de manera de pecar ni por mal decir; mas fué por reducir a toda persona a memoria buena de bien obrar e dar ensiemplo de buenas costumbres é castigos de salvación é por que sean todos apercevidos é se puedan guardar de tantas maestrías como algunos usan por el loco amor". I cita en apoyo de su tesis el pasaje de San Gregorio, en que este dice que mejor se guarda el hombre de lo que antes ha visto. I no se le culpe por su crudeza, por que él sabía muy bien que hablaba con españoles y que a un español de pura raza, no se le hablaba con reticencias de beatas, sino con la crudeza del pan y con la fuerza del vino. I fué por esto que el puso el bien a un lado y el mal al otro, y los dió a escoger. Si la balanza se inclina al mal, no es culpa suya. Culpén de ello a la vida y al viviente. Si triunfa el bien, su objeto se ha cumplido y la historia de su vida aventurera y lujuriosa que termina en vejez arrepentida, es un ejemplo preventivo, una lección todo lo ruda que se quiera, pero moral.

Tenemos pues que confesar con Cejador que fué todo un hombre, un hombre valiente y sincero que contaba fielmente lo que veía y aun lo que hacía, sin espantarse y sin pensar espantar a nadie, pues la ruda franqueza de su alma castellana, alma templada en la franca rudeza de la sierra de Guadarrama, así como no se avergonzaba de publicar los extravíos del linaje humanal y sus propios extravíos, tampoco se avergonzaba de sentirse firmemente cristiana y de humillarse ante el Nazareno sangrante o ante la Santa María del Vado y confiar que por la sangre de ese Cristo sería perdonada. I por tener esa alma y haber sabido esculpirla tan admirablemente en sus pétreas estrofas, el Archipreste de Hita es el verdadero representante de su época.

—¡Pobre Arcipreste! ¡Esa misma sátira con que tu martillaste tantas cabezas se ha vindicado y ha caído sobre tí. Con tanta maestría te burlaste de tus contemporáneos, que por burlas la posteridad ha tomado tus palabras en serio, y ha hecho de tí un agnóstico, que se burla de todo el mundo, un libertino y un contumaz. No has tenido la suerte del único que te precede en el Parnaso de la Edad Media. Al Dante se le ha comprendido, porque veía las cosas desde arriba. A tí por querer meterte muy hondo sin elevarte, se te ha mezclado con el fango.

¡Pobre Arcipreste! ¡Cuan mal has sido comprendido!

Jenaro García Yrigoyen.